

# UTOPIAS Y REALIDADES EN EUROPA

La idea principal de los europeístas de la posguerra —especialmente de Winston Churchill— era la de constituir una tercera fuerza, ajena a los Estados Unidos y a la URSS, pero, desde luego, mucho más ajena a la URSS que a los Estados Unidos. La herejía occidental del general De Gaulle consistió en no excluir a la Unión Soviética de la supuesta unidad europea, en que los Estados Unidos fuesen desafiados por ese continente unitario y en que la misma Gran Bretaña quedase como un apéndice. Todo ello parecía contenerse en una frase misteriosa, como casi todas las grandes frases del general, oscura como todas las de los profetas. Habló de una Europa «desde el Atlántico a los Urales». La cordillera de los Urales es la que en teoría geográfica separa la Rusia europea de la Rusia asiática; no ha sido nunca posible entender si De Gaulle imaginaba que la Unión Soviética podría llegar a dividirse por esa línea ideal, si presentía que el asiatismo creciente podría, en el futuro, seccionar a la URSS. Muchas personas, hoy, no han dejado de creer en la expresión impulsiva del Kaiser cuando habló del peligro amarillo, que Spengler convirtió en teoría pseudocientífica. El idealismo geográfico es aún más pesimista en quienes consideran que lo que llamamos Europa no es más que el nombre local de un pequeño cabo del gran continente asiático. La contemplación de un mapa de conjunto da, en efecto, esa sensación. La iniciación del terror al peligro amarillo es de principios de siglo. La rebelión de los «boxers», la derrota en 1905 de Rusia por el Japón, fueron los primeros síntomas. Hoy, en que todo se ha hecho fantasmal, se ve peligro amarillo en el maoísmo, la rebelión de los estudiantes, la droga y la presencia de lo que se llama un satélite chino en Europa; en la Albania heterodoxa. Se ha llegado a pensar que Albania daría una base permanente a China y que pronto patrullarían por el Mediterráneo barcos de guerra chinos.

La idea utópica de Europa se mantiene hoy junto a una idea posibilista de Europa. Gran Bretaña, con su nuevo gobierno conservador, se aproxima hacia la confederación europea; puede que en un par de años forme parte de ella, concluidas para entonces sus negociaciones con el Mercado Común, y puede también que estén incluidas Irlanda, Dinamarca y Noruega, que han solicitado ya condiciones. Consideraba Churchill su Europa imaginaria con una fórmula casi aritmética: el número de sus pobladores sería aproximadamente igual al de Estados Unidos o la URSS, y sería también igual o superior el de sus riquezas naturales. Si los esfuerzos aislados o dispersos de sus industrias y su técnica se sumasen sin reticencias, podrían llegar a ser, al menos, tan importantes como los de cualquiera de los otros dos bloques. Churchill se



Brandt: ¿tendrá que plegarse a Washington?

apoya, sin embargo, en un utopismo frecuente en su tiempo y no ajeno tampoco al heterodoxo De Gaulle: el de la «supremacía» del europeo. Un cierto racismo. «Este noble continente es el hogar de las grandes razas ancestrales de Occidente. Es el manantial de la fe y de la ética cristianas. Es la cuna de la civilización occidental». Era la idea de Valéry, cuando decía que el «hombre se ha hecho europeo», que Europa era «un conjunto de máximos» y hablaba de «la calidad máxima del *Homo Europeus*»; «en orden de potencia y en el orden de conocimientos precisos, Europa pesa hoy aún más que el resto del mundo. No me equivoco, no es Europa quien hoy domina; es el espíritu europeo, del que América es una creación formidable». Ahora sabemos, sin embargo, que lo





De Gaulle: Europa, del Atlántico a los Urales.

que se llama el espíritu en términos concretos —el espíritu materialista, valga la aparente contradicción— no es la consecuencia de una conjunción geográfica determinada ni de un privilegio divino, ni mucho menos una ventaja racial, sino el fruto de unas necesidades canalizadas políticamente: de una expansión de la enseñanza, de unos créditos destinados a la investigación, Estados Unidos, la Unión Soviética o China han realizado el esfuerzo que en Europa se ha desatendido.

El gran auge de Europa se produjo en la constitución de las nacionalidades y en la creación de un sistema único en la historia de equilibrio de potencias entre esas nacionalidades; ese equilibrio que fue su fuerza fue también el causante de sus desgracias

y de su eclipse. En los actuales intentos de reconstrucción europea no deja de estar presente, tanto por un impulso sentimental como por la noción práctica de que la concurrencia de las nacionalidades ha sido hasta ahora la base del europeísmo, de la larga zona histórica de la occidentalización del mundo. De Gaulle lo resumía en la fórmula de «la Europa de las patrias» y en la oposición a toda autoridad supranacional. Los actuales intentos europeístas están emponzoñados por la parte negativa de esa formulación. En las recientes conversaciones entre Alemania Occidental y Francia —analizadas suficientemente en este mismo número de TRIUNFO por Pierre Mendès-France en «Los siete diputados capitales», de Gerard Sandoz— ha imperado una mutua desconfianza por la posibilidad de una hegemonía. Las tres guerras abiertas entre los dos países en un siglo —ahora se cumplen cien años de la franco-prusiana de 1870— forman todavía un contencioso importante. La misma desconfianza existe con respecto a la incorporación británica, que el volcar su potencia industrial sobre el Mercado Común podría desequilibrar ciertas fuerzas predominantes actuales —como la de la misma Alemania Occidental— si no se afina mucho en las negociaciones previas.

En estos movimientos posibilistas perdura aún la noción churchilliana y degolista de «tercer bloque». Creo que, planteada así Europa, sobre la base de un antiguo esplendor y hacia el futuro imaginario de una fuerza entre otras dos, o entre otras tres si se sostiene la noción del «peligro amarillo», emprende un camino sin salida. Es demasiado tarde para eso. Una parte de Europa depende de la URSS, otra parte depende de los Estados Unidos; no parece que ninguna de esas dos fuerzas dominantes estén dispuestas al abandono —hay muestras suficientes de todo lo contrario— y hasta ahora cada bloque no ha dado a sus dependientes más autonomía teórica que la que se ha centrado en una sensibilización militar y diplomática contra «la otra parte». Los pactos que la Unión Soviética está ahora renovando con los países comunistas de Europa contienen ese espíritu de vigilancia y defensa; las advertencias del secretario de Defensa de los Estados Unidos, Melvin Laird, en Bruselas a los países de la OTAN están hechas en el sentido de aumentar las barreras militares frente a una URSS a la que considera en pleno rearme. La campaña americana de centrar la tensión mundial en Oriente Medio ha continuado en Bruselas con esta advertencia a los países europeos de que no podrán quedarse ajenos a esa disputa si se endurece; «claramente, cualquier intervención directa o indirecta de la Unión Soviética que afecte la situación en Europa o en el Mediterráneo creará una crisis internacional con consecuencias graves». Los Estados Unidos han recordado ahora esta doctrina para advertir a la Europa de la OTAN que la situación en Europa ha sido afectada ya por el envío de misiles, técnicos y pilotos a Egipto, por el aumento de material —tanques y cañones— a sus tropas estacionadas en Europa, por la presión ejercida sobre Noruega y Dinamarca para que no se unan al Mercado Común.

No parece claro que el continente europeo esté en estos momentos en disposición de hacer su propia política independiente. Recordemos que cuando otra fuerza naciente lo intentó y se denominó a sí misma «tercer mundo», fue rápidamente destruida. Los intentos de neutralismo dentro de Europa han sido barridos: véase Grecia. Véase Checoslovaquia.

¿Cuál podría ser el camino del posibilismo europeo? Quizá el de aceptar, con Valéry, que los Estados Unidos son una prolongación europea, una creación europea; y el de aceptar, con Arnold J. Toynbee, que el marxismo es otra creación europea, y tratar no de formar una fuerza ajena, enfrentada con cada bloque para crear un tercero, sino la de trabajar para evitar el enfrentamiento de esos dos bloques, para crear unos puntos de coincidencia y acuerdo. Es la apariencia de la política de Willy Brandt. En un momento en que los Estados Unidos parecen dispuestos a resucitar el antagonismo entre su país y la Unión Soviética se verá si Willy Brandt y los que en Europa participan de su «apertura» son capaces de continuar, son realmente originales e independientes, o si tendrán que plegarse a la potente voz de Washington.